Jesucristo, que ya lo esperaba, que ya conocia su nombre y sus méritos, y que ya habia leido la "Exposicion á S. Santidad, sobre el estado de la Iglesia mexicana, y principalmente de la de Guadalajara;" trabajo ejecutado por el Sr. Espinosa durante su destierro. ¡Oh! ¡qué entrevista la de aquellos dos santos é ilustres ancianos! Por parte del Prelado mexicano, ¡cuánto respeto, cuánto amor filial, cuánta admiracion, cuánto júbilo, al hallarse al pié de aquel trono del Pontífice Romano, que no han podido derribar ni conmover siquiera, en diez y nueve siglos, todas las potestades del infierno, y junto á aquel hombre que es obedecido y amado por doscientos millones de católicos, diseminados por todo el mundo, y que es mas grande, en medio de su debilidad, que ningun soberano de la tierra! Y por parte del Sr. Pio IX ¡cuánto interés y simpatías por el hijo perseguido y desterrado, por el ungido del Señor, por el príncipe de la Iglesia de Guadalajara! Pio IX se digna dispensarle su confianza; le dice esas palabras de consuelo, de esperanza y de fé que solo él sabe decir; escucha atentamente los juicios del sabio obispo mexicano, sobre los puntos de un probable Concordato entre Roma y nuestro país; aprueba sus observaciones á este respecto, principalmente la de que en ningun caso quede el clero mexicano, asalariado por el gobierno civil, con mengua de la dignidad é independencia del sacerdote; le concede cuanto solicita para el engrandecimiento y el

mejor gobierno de su diócesis; accede, por el mayor bien de los fieles, á la ereccion del obispado de Zacatecas, y por último, S. Santidad, complacido del saber y virtudes del Sr. Espinosa, y de la grandeza é importancia con que supo describirle y presentarle á nuestra diócesis, lo eleva al rango de primer Arzobispo de Guadalajara, y á nuestra Iglesia por tanto, al de Iglesia Metropolitana.

Lo honró todavía mas: le dió los títulos de Patricio romano, y de Prelado Asistente al Sacro Solio Pontificio; le hizo obsequios preciosísimos, y extendió su mano y bendijo al pastor mexicano y á su grey. Ya no volverian á verse en esta tierra de miserias y de constante lucha, sino en el seno de la Iglesia triunfante.....

Volvió el santo obispo á su patria, á la patria que llamaba á sus pastores y lloraba su ausencia, pues nunca ¡oh no! pudo ninguno de ellos decir lo que aquel héroe de la antigüedad: "Ingrata patria, no poseerás mis huesos;" porque no fué la católica y generosa México, mil veces no, la que ingrata despidió á sus obispos. ¡Perdone Dios á los que sumieron en la consternacion al pueblo mexicano cuando los arrancaron de su seno! Nuestro venerado arzobispo, que no nos olvidó ni un instante, ¡cómo anhelaba verse entre sus amados hijos en Jesucristo, para comunicarles los privilegios y gracias que les mandaba el Padre comun de los fieles! ¡Cómo deseaba realizar mil grandiosos y benéficos proyectos

que bullian en su alma, concebidos en el estudio de lo que pasa en otros países! ¡Cómo lo ocupaba constantemente el mayor bien de las ovejas que tenia encomendadas!

Mas ¡ay! Parece que no vuelve á la patria mas que para entregar él sus mortales despojos. ¡Señor Dios, dueño de la vida y de la muerte, pronto ibais á llevarlo hácia Vos! Era llegada la hora del premio en otra patria mejor. "Así pasa la figura de este mundo", segun la expresion bíblica.

Yo, hermanos mios, no os rogaria que os acercárais al lecho de muerte del Sr. Espinosa, si solo se tratara de ver espirar á una persona, por mas alta que haya sido; porque ¿qué cosa notable veríais? ¿Hay algo mas comun que la muerte? ¿No es ella un espectáculo que desagrada naturalmente, que causa horror, que nos entristece y nos hiere? Si os excito á que estemos por unos momentos junto al Sr. Espinosa moribundo, es porque sé que era para vosotros un padre amado, y porque su muerte es admirable, profundamente edificante y preciosa en presencia del Señor, como lo es siempre la de los justos.

No es aquí, sino en la capital del pais donde Dios, en sus altos y siempre sábios designios, dispone que muera el santo primer arzobispo de Guadalajara. Yo digo humildemente que esto seria así para que se hiciese mas notable, mas pública y sensible, la pérdida del hombre que fué el honor de

su Patria, y para que tuviera la ventura de morir auxiliado por seis de sus hermanos obispos, que providencialmente se hallaban en la capital de México. ¿No es verdad que así era digno de morir este siervo del Señor?

Lo que voy á decir en la presente página de mi discurso, no es mas que lo que he oido de los lábios de un respetable testigo presencial del triste acontecimiento á que hemos llegado, de un sacerdote que tuvo la satisfaccion de cerrar los yertos ojos y recoger entre sus brazos el último suspiro del sábio y santo Sr. Espinosa.

Al punto que vió que contra su terrible y aguda enfermedad, nada podia la ciencia humana, dispuso con ánimo sereno que se le administrara el Santo Viático; y despues se ocupó en tributar alabanzas á Dios y en dar gracias á los nobles y magnánimos señores de la casa Barron en donde iba á ser su muerte, y donde habia recibido tan franca hospitalidad. ¿Y despues? En los negocios urgentísimos de su diócesis. ¡Siempre su diócesis! ¡Siempre nosotros! Se ocupó en trasmitir las facultades que podia á su gobierno eclesiástico. ¿Y despues? ¡Ah! oidlo: en pedir perdon á todos! ¡Perdon él, Dios mio, que habia pasado haciendo el bien, que siempre habia andado por vuestros caminos! Y despues, señores, en bendecir, porque así lo pidieron, á sus capellanes, y á sus amigos y á la familia que lo hospedaba. Y despues, en ordenar que al mo-

rir se rezara el cántico *Benedicite*, los actos de fé, y de ahí el responso por los muertos. Luego pidió que juntamente con él, dieran todos gracias á Dios, porque nada sufria, nada lo molestaba; y sin embargo, señores, era una enfermedad cruel y de suyo muy penosa la que nos lo arrebataba.... Acabemos: se recogió con su confesor para alabar en alta voz, al Dios de las misericordias; y á poco..... *¡ya no es: fué* el primer Arzobispo de Guadalajara! Muerto en el ósculo del Señor, el 12 de Noviembre de 1866, su espíritu se remontó á los cielos.

Señores: cuando oí salir, entre sollozos de un pecho agradecido, esa narracion tan sencilla, como veis, en la forma; parecióme tan patética, sublime y trascendental en el fondo, que me propuse trasladarla aquí sin alteracion ninguna, si bien sin la viveza de expresion y de sentimiento que tiene en boca del digno sacerdote aludido.

¡Qué suave olor de santidad esparce en torno nuestro esa muerte preciosa! ¡Cómo sugiere un cúmulo de cristianas y saludables reflexiones, á que se entrega en silencio el alma, y las cuales no puede ni debe expresar el labio! El silencio, sí, es en ciertos momentos sagrados el idioma mas elocuente. Yo me abstendré, por lo tanto, de todo comentario sobre este triste suceso, porque forzosamente sería pálido y frio. El mejor homenaje que, despues de las honras de la Iglesia, podémos tributar á ese varon ilustre, es el de pensar en su muer-

te tan edificante y tan cristianamente heróica, recogiendo nuestra alma en callada soledad. Eso será, al mismo tiempo que una plegaria por él, un paso hácia nuestro propio aprovechamiento espiritual. Paguemos este dulce tributo á su memoria que nos es tan cara.

Lo demás ya lo sabeis. Cuando llega aquí la fatal noticia de su fallecimiento, hay un duelo general, y hoy mismo, á pesar de que han pasado ya mas de nueve años, todavía se vierten lágrimas sobre esa urna cineraria. El pueblo, al saber que venian esos venerables restos, ha exclamado al punto: nada mas justo: son los restos de un santo. Eso se oia decir por todas partes. ¡Oh! Y esas tres palabras del pueblo: ¡era un santo! son el elogio fúnebre mejor y mas imperecedero que puede hacerse de un hombre.

Sí, nada mas justo y mas digno de alabanza que lo que ha hecho el V. Cabildo de esta Metrópoli: trasladar aquí esas reliquias preciosas para que reposen á la sombra de estos sagrados muros, y celebrar estos grandes funerales.

Solo la Iglesia sabe honrar cumplidamente á sus héroes: solo la Religion católica tiene palabras de vida eterna y homenajes propios para los muertos. ¡Qué horrenda profanacion la de sepultar un cadáver sin llamar para nada á la Religion, al ruido de la vana palabrería de un hombre sin mision sagra-

da! ¡Mil veces bendita esa religion que toma bajo su cuidado la tumba de los que amamos; que nos pone en comunicacion con ellos; que ruega sin cesar por su descanso eterno, y que nos consuela y enjuga nuestro llanto, diciéndonos: que un dia por la virtud del que es la Resurreccion y la Vida, se animarán de nuevo esos restos queridos y volverémos á ver en cuerpo y alma á los que fueron, y que entre tanto roguemos por ellos, pues quizá aun no acaben de purificarse á los ojos de Aquel que halla manchas hasta en los ángeles!

Hagamos, pues, lo que acaba de hacer la Iglesia: oremos por el que fué un verdadero sábio, un sacerdote lleno de piedad, y un obispo esclarecido y dignísimo. Que descanse en paz: que su espíritu que ha presidido esta lúgubre solemnidad, goce ya de lo que "ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni ninguna lengua humana puede describir;" y que nuestras fervientes súplicas se eleven y sean acogidas, como suave incienso, ante el trono de Dios.

REQUIESCAT IN PACE.